

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



EL 13 DE LA SUERTE

POR

RICHARD DIX,  
ESTHER RALSTON, ETC. 30 cts.

N.º 105

TUTTLE, Frank



## La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:  
Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 105

## El 13 de la suerte

(THE LUCKY DEVIL, 1925)

Preciosa comedia americana interpretada por los  
simpáticos y notabilísimos artistas

Richard Dix y Esther Ralston

Es una Película PARAMOUNT

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



## EL 13 DE LA SUERTE

### *Argumento de la película*

Bill Phelps es el dependiente que en los almacenes Franklyne tenía a su cargo la sección de sports de montaña. Precisamente se le ocurrió a Mr. Franklyne darle este empleo en vista del gran entusiasmo y la afición enorme que Bill sentía por la vida al aire libre.

Hacía cosa de medio año que se había montado la sección de sports de montaña, y hasta entonces tan solo había reportado gastos a la casa. Ideóse como recurso decisivo organizar una serie de demostraciones prácticas de una tienda de campaña individual, que según manifestaciones del encargado de su venta, quedaban sólidamente emplazadas en menos de media hora y eran capaces de resistir las mayores furias de las tempestades y los vendavales.

Prohibida la reproducción.  
Revisado  
por la censura gubernativa.

Las demostraciones prácticas constituyan en tener toda la sección de sports de montaña convertida en una campiña de exuberante vegetación, con unas montañas de decoración por fondo, todo lo cual daba la sensación, al que estuviera en aquel lugar del establecimiento, de que se hallaba respirando el aire a todo pulmón, en plena naturaleza.

Allí se había montado la tienda de campaña, al propio tiempo se exhibían todos los utensilios necesarios para practicar el sport del excursionismo.

Para dar mayor apariencia de realidad a aquella exposición, Mr. Rodolfo Franklyne, padre, había dispuesto que se colocara en ella el automóvil de su hijo, Rodolfo. El automóvil en cuestión era un magnífico "roadster" digno de admiración y envidia por todos cuantos fueran aficionados al volante.

Y entre todo esto, el joven Bill Phelps, visitando un traje elegantísimo de sport, hacia las demostraciones, cual si realmente se hallara en la selva virgen.

Pero ya podía hacer el buen Franklyne todo lo que quisiera, todo lo que pudiera en materia de exhibición y propaganda para dar vida a la sección de sports de montaña, que todo era inútil, absolutamente inútil; nadie se acercaba para comprar ni unas miserables bandas.

Mr. Franklyne en vista de que era imposible poner aquella sección a la altura de las demás de la casa decidió liquidarla, sirvién-

dose para ello de un medio asaz ingenioso. Cedió toda la sección y los objetos en ella contenidos a las *girls scouts* (jóvenes exploradoras) por una cantidad limitada, para que ellas hicieran su rifa anual. Y así, a la vez que liquidaba totalmente aquellos géneros, atraería un gran contingente de personas que asistirían a la rifa de las *girls*.

Hallábase en su despacho leyendo el diario y vió, con cierto sobresalto, una noticia referente a su hijo. Decía:

*Una bella modelo demanda a un joven millonario*

*Rodolfo Franklyne, hijo del propietario de los grandes almacenes Franklyne, se ve envuelto, por tercera vez en una demanda por quebrantamiento de promesa. En esta ocasión, la demandante, una linda modelo, reclama la respetable suma de cincuenta mil dólares. Parece ser que un automóvil "roadster", de la marca Manrona, figura preminentemente en el litigio, siendo, hay quien asegura, la causa principal de la demanda.*

Se dirigió a su hijo.

—Rodolfo, desde que tienes ese maldito auto, no hacés más que andar con dificultades con la policía... o con mujeres.

—Lo que sucede, papá, es que ese auto está "salado". Es por esto precisamente que me avine de buen grado a que lo utilizaras para

anunciar con él las tiendas y demás artículos de campaña.

—Me alegra, porque justamente acabo de ofrecer la exhibición a las *girls scouts* para su rifa anual.

—¡Qué rifen también el *auto*! — contestó con empalago—. Al fin y al cabo un auto cuyo número lleva tres treces (131.313) no puede reportar sino la mala suerte al que lo posea.

A los pocos días celebróse la rifa de las *girls scouts* que constituyó un gran éxito para ellas y para los almacenes Franklyne.

Billy, el dependiente, desde que supo que el estupendo "roadster" del hijo del jefe también entraba en sorteo, no descansaba. Soñaba, durmiendo, de noche, y despierto, de día, con el soberbio Monrona, y veíase ya llevando el volante por carreteras y pistas y el coche volando, volando, como su fantasía.

Gastóse la mitad de su capital en billetes de la rifa.

El día del sorteo llegó. Cuando mayor era la efervescencia de público, una campanilla anunció que éste iba a empezar y la agradable vocecita de una *girl* fué contando los números que salían premiados.

—¡El número 313 ha sacado el *auto*!

Un escalofrío, una sensación desconocida recorrió todo el cuerpo de Bill. Este número lo tenía en sus manos, y hacía rato que lo mi-

raba, precisamente por la analogía que guardaba con el de matrícula del *auto*.

Lo entregó, y una señorita, una hermosísima *girl* premió su suerte dándole un sonoro beso en la mejilla.



Gastóse la mitad de su capital en billetes de la rifa.

Bill se vió en un momento sin colocación, pero con un *auto* digno de millonarios, y cien dólares.

Además, con una recomendación que sobre el coche le hacía el joven Franklyne.

—¡Mucho cuidado con el *auto*, que parece

que les tiene querencia a los policías y a las mujeres!

—Muchas gracias... No creo que tenga dificultades porque me voy adonde no hay policía ni mujeres — contestó con soltura y gracejo.

Empuñó el volante. ¡Ahora sí que no soñaba! Y salió de la ciudad a todo gas.

Por la carretera fué reflexionando con lo que haría. Llevaba cien dolores en el bolsillo y un completo equipo de excursionista en el auto. Así podría pasar un par de meses, llevando una vida bastante arregladita, haciendo vida completamente campestre y visitar durante este lapso de tiempo unos cuantos pueblecitos y playas de moda. Pero, eso sí, no deteniéndose en ningún hotel, sino haciéndolo todo él, e incluso utilizando para dormir las tiendas de campaña, que durante medio año se había ejercitado en vender, en los establecimientos Franklyne.

\*\*

En Charleston, capital de la Carolina del Sur, habitaba Doris Kent, un verdadero capullo, huérfana y su tía Elvira. Por el mal genio de esta última habían debido separarse, con mucho sentimiento por parte de la joven, que cada día cuando regresaba después del trabajo, al cuarto que tenía alquilado, se le renovaba el pesar de verse sola en el mundo.

Mas, no hay mal que cien años dure... reza un antiguo refrán. Y un buen día recibió una carta de un tío suyo, del cual no guardaba ni el más remoto recuerdo, en que le decía textualmente:

*Mi querida Doris:*

*Me estoy haciendo viejo y estoy solo en el mundo. No acierto a comprender porque has de ser tú la víctima de un antiguo odio de familia. De consiguiente, quiero que tú y tu tía me hagáis una visita en Nampa, pues quiero que seas tú la heredera de mi fortuna.*

*Tu tío que te quiere*

*Tobias Sedgemore*

Con esta carta tenía la seguridad de atraerse nuevamente a su tía y acaso calmarle aquel dolor de malhumor continuo que constantemente acarreaba.

Efectivamente, así fué; y a los pocos días, emprendieron el viaje a Nampa, montadas en un "Ford" que guiaba la linda Doris.

Por un exceso, acaso mal entendido, de economía, las dos mujeres, en su viaje, acampanaron en las afueras de algún pueblo, o en algún intrincado bosque, haciéndose ellas mismas la comida y preparándose una tienda excelente para pasar las noches.

Hallábanse en el bosque, una tarde, y en el momento que iban a hacer la comida, notaron que se les habían terminado las cerillas.

Pasaron mil apuros para hacer el fuego, y seguramente se hubieran pasado sin él a no ser que apareció providencialmente un magnífico *auto*, guiado por un moletudo y sonriente y simpático joven. Detúvose unos metros antes de llegar hasta donde se hallaba el "Ford" de Doris y su tía. Estas pidieron fósforos al joven, y éste cedióles muy gustoso una caja que llevaba.

Luego, viendo que también hacía preparativos para quedarse allí aquella noche, iniciaron con él una conversación.

—¿Podría usted decirnos cuál es el camino más corto para ir a Nampa?

—No lo sé, pero puedo prestarles mi guía de turista.

Se dirigió al *auto* en busca de la guía, y Doris aprovechó la ocasión para decir a su tía:

—Es muy simpático, ¿no le parece?

Volvió el joven, que ya podemos decir que era nuestro conocido Bill Phelps, con el libro en la mano, que entregó a la tía de Doris, y mientras ésta consultaba mapas, él se fué a preparar la tienda para dormir aquella noche.

Unas horas después, Bill demostró que sabía todo lo que había que saber acerca de su "tienda individual"... menos montarla. Tras grandes esfuerzos consiguió ponerla de pie, pero de un modo tan raro, que llamó la atención de sus dos nuevas vecinas.

Doris se acercó a él:

—¿Por qué ha levantado usted la tienda de esta manera tan rara? — preguntó.

—Esto lo aprendí yo cuando acampé un año seguido con los indios de la tribu de los Calaveras...

—Ya me parecía a mí que era usted un hombre de aventuras. Cuénteme alguna.

Bill Phelps, que en su vida se había movido de Wáshington, atrapado de aquel modo tan inocente tuvo que hacer el fiero y contar un par de aventuras que causaban espanto de miedo...

—Ahora cuénteme usted una, Doris.

Hallábanse los dos sentados sobre el tronco de un árbol, no muy distante del lugar en que la tía hojeaba la guía de carreteras.

Doris entregóse en confianza a aquel joven simpático, que por otra parte parecía ser hijo de una gran casa, y le contó su vida en Charleston y la carta que recibiera de su tío, del que confiaba sería única heredera. Terminó su relación diciendo:

—...y como le digo, vendimos todos nuestros bienes, con la esperanza de que voy a heredar los millones de mi tío.

Guardaron un embarazoso silencio. Doris, como presintiendo algo, dijo aún:

—Y si mi tío Tobias cambiase de intención, no sé cómo podríamos nunca regresar a Charleston.

De repente oyó como su tía la llamaba y

separóse con harto sentimiento de Bill, que había empezado a ganarle el corazón.

Tía Elvira, hojeando la guía de carreteras de Bill, — que como nosotros sabemos había pertenecido al joven Franklyne, junto con to-



—Ahora cuénteme usted una, Doris.

do el equipo del auto—, halló una carta, cuyo texto decía así:

*Mi querido Rodolfito:*

*Si vuelvo a encontrarte otra vez con esa mujer pelirroja, le daré a su marido tu direc-*

*ción y tu verdadero nombre... y verás la paliza que te va a propinar.*

*Tuya*

*Rosita*

Luego, en una hoja del mismo libro, había una fecha y debajo una firma: Rodolfo Franklyne.

Recordaron el suelto que unos días antes llevara el diario y que hacía referencia a este mismo joven, y seguramente al mismo automóvil.

—Pues me dijo que se llama Phelps y yo lo creo — arguyó la joven.

—Pero, ¿no te convences por esta carta de que a todas debe decir las igual?

—Repito que le tengo por muy sincero.

—Verdad o mentira, nos vamos a marchar de aquí al amanecer. No quiero que ese atrevido pretenda enamorarte.

En aquel mismo instante el buen Bill se hacía la siguiente reflexión para su coletó, refiriéndose al número que ostentaba su auto:

—13-13-13... Tres veces trece. Mala suerte para los otros, buena suerte para mí.

Al día siguiente, cuando Bill despertó, el sol hacía ya muchas horas que alumbraba con sus dorados rayos la tierra. De todos modos había que perdonarle el que no madrugara, pues aparte de que todo el trabajo ya lo tenía hecho, había que tener en consideración que gracias a no haber aprendido todavía a

montar la tienda de campaña... tuvo que quedarse al raso, envuelto de pies a cabeza en una colchoneta que debía preservarle — en teoría — de fríos y alimañas.

Poco reflexionó, cuando vió que el pajarito había volado, montado en su "Ford".

Con su "roadster", veloz, fué carretera adelante con el ánimo de alcanzar pronto a las dos mujeres, que habían partido, con dirección a Nampa, al amanecer. Llevaba una velocidad excesiva y uno de los policías encargados de regular el tráfico en las carreteras salió en su persecución, con la moto, alcanzándole, después de unos kilómetros de pugilato de velocidades.

Le impuso una multa. Y como Bill se exclamara e intentara arreglarlo con un billete regalo para el propio guardia, este se lo llevó a la Comisaría, por soborno frustrado.

Los trámites de esta operación hicieronle perder a Bill un día. Al siguiente encontróse con menos dinero y menos esperanzas de alcanzar al fugitivo "Ford". Sin embargo, lanzóse otra vez por aquellas carreteras, a gran velocidad, pero dentro de la más estricta prudencia.

Para mayor colmo de desdichas pinchó un neumático, tardando más de dos horas en cambiar la rueda.

Dicen que una desgracia siempre va acompañada de otra, y esta vez cumplióse el dicho. Un individuo de cierta edad que montaba una

bicicleta, acercóse hasta el lugar donde Bill efectuaba la reparación y le preguntó si necesitaba algo. Contestóle agradecido por la atención del ciclista; y continuó su labor. Este, que por lo visto era de los aprovechados,



*Le impuso una multa, y como Bill se exclamara e intentara arreglarlo con un billete...*

vió la chaqueta de Bill sobre el asiento del coche, y de la que sobresalía muy tentadora la cartera... Con el mayor disimulo la cambió a su bolsillo y siguió su camino.

Bill no se percató de esto sino hasta unas horas después, que tuvo que efectuar una

reparación algo más importante, que no estaba a su alcance y la tuvo que hacer el mecánico de uno de los pueblecitos por que cruzó. Al ir a pagar y observar la falta de la cartera, exclamó:

—¡¡Me han robado!!

Sospechó inmediatamente del viejo de la bicicleta, pero ¿dónde ir a buscarlo?

El mecánico no se apuró. Cogió el claxon, una bocina, una llave inglesa y un faro, y sin decir una sola palabra dejó plantado al buen Bill.

Aquella tarde, a pesar de que tenía el estómago vacío como el bolsillo, continuó con inquebrantable fe la carrera hacia Nampa.

Por lo visto aun no habían terminado para él la serie de aventuras que durante el camino le venían sucediendo, pues que, cuando ¡por fin! divisó detenido un "Ford" que tenía todas las trazas de ser el que venía persiguiendo, se le acabó la gasolina.

Era cuestión de un centenar de metros sólo lo que les separaba y para salvarlos decorosamente apeló al recurso de arrastrar el coche con sus propios músculos un buen trecho, hasta un lugar de la carretera que iniciaba una pequeña pendiente, y ya en ella, por inercia emprendió por sí solo una marcha más que regular. Cuando llegó al lado del "Ford" frenó, y vió que, efectivamente eran su adorado tormento y la tía, que se hallaban detenidas en la carretera, por desconocer has-

ta lo más elemental del funcionamiento del coche que llevaban.

La tía Elvira comentó:

—Ya me extrañaba a mí que pudiéramos echárnoslo de encima con tanta facilidad.

Puso aquella cara seria y adusta que tantos éxitos le había valido para asustar a sus semejantes y dijole a Bill:

—¡Haga el favor de marcharse de aquí en seguida!

—No puedo, señora. Se me acabó la gasolina... — repuso con cara de contrariedad.

Cuando supo que ellas estaban detenidas contra su voluntad, les hizo el ofrecimiento de remolcarlas con su coche hasta Nampa, si ellas se prestaban a darle gasolina para el trayecto.

Aceptada esta proposición como mal menor, por la vieja, Bill remolcó al "Ford" con su preciosa carga hasta el punto de destino, donde llegaron al siguiente día por la mañana.

Al llegar a Nampa, Doris y su tía hicieron lo posible para dar a Bill el esquinazo, yéndose a un hotelito en un barrio tranquilo de la ciudad. La dueña las acompañó a la habitación, por si les agradaba la que les había destinado. De pronto la tía de Doris que se asomó al baleón, divisó a Bill que cargado con una maleta se dirigía sin duda al mismo hotel. Lanzó una exclamación y luego dijo, dirigiéndose a la dueña del hotel:

—Aquel joven nos ha estado siguiendo... Si viene a pedirle una habitación no se la dé.

Esta la miró curiosa, como inquiriendo el motivo por el que debía negarle la habitación al joven que llegaba. Y la tía, como aclarando prosiguió:

—Se llama Rodolfo Franklyne... y me parece ser que tiene más dinero que vergüenza.

Al escuchar el nombre del pollo en cuestión a la dueña del hotel se le hinchó el corazón de alegría. Nada menos que Franklyne en su casa. Déjó a las dos señoras apesentadas y salió presurosa a recibir al recién llegado.

Billy se hallaba ya en el despacho del hotel e iba a hacer su inscripción, cuando empezó a mirar inquieto de un lado para otro, y dejó con mano vacilante la pluma que había tomado. Había leído un aviso, que con gruesos caracteres ponía: "El pago de las habitaciones es anticipado".

En tal estado de indecisión se hallaba cuando llegó hasta él la dueña del hotel.

—¿Cómo está usted? Supongo que habrá venido a la feria de Nampa, a divertirse.

Mientras le dirigía tales palabras, hizo señas que se acercara un botones que tomó la maleta de Bill, y luego, sin permitirle siquiera que anotara su nombre le acompañó hasta la mejor habitación que tenía la casa.

\*\*

Por aquellos días celebrábanse en Nampa las ferias y fiestas del año, en las cuales brillaba el mayor esplendor por doquier que el visitante dirigiera su mirada. La ciudad se hallaba engalanada; los casinos abiertos; y en los campos y pistas de sports se preparaban con escrupuloso orden las fiestas anunciadas. Lo más sensacional, después de las carreras de caballos, en que las apuestas que se cruzaban ascendían a sumas fabulosas, eran las carreras de automóviles. Allí estaban representadas todas las más famosas marcas, aspirando todas no sólo al máximo título de campeón, sino a la recompensa ofrecida al vencedor, que se traducía en 10.000 dólares en buena moneda americana.

A pesar de tanto bullicio y tan extraordinaria animación. Bill estaba completamente abatido, por el poco caso que Doris le hacía, y por el compromiso en que se vería pronto envuelto con la cuenta del hotel. Pero a fin de semana seguía tan sorprendido por la frialdad con que le trataba Doris, como por la benevolencia que le demostraba la dueña del hotel respecto a la cuenta.

No obstante aquel día se la dejaron sobre la mesa de su habitación. Y aunque él salió y entró varias veces, nadie osó hacerle mención de ella.

Se encontró en el pasillo con Doris y vió que apenas le hacía caso. Esto no lo podía consentir. Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué le he hecho a usted que no quiere hablarme?

—¡Nada! — contestó secamente.

Deseo preguntarle muchas cosas, acerca de usted y de la visita que hizo a su tío — le dijo con timidez.

Las lágrimas saltaron de los ojos de Doris. Y una vez más, como aquella noche en el bosque, se sintió necesitada de sincerarse con Bill, a pesar de que ahora le creyera un preocupado.

—Estuvimos a ver al tío Tobias. Nos extrañó mucho ver el aspecto de la finca que poseía, con muchas rejas y altísimas verjas. Nos informamos y supimos que era un manicomio. Preguntamos por él al conserje y silenciosamente nos condujo, atravesando un extenso jardín, hasta el inmueble donde antes habíamos visto tantas rejas. A la puerta ya nos esperaba el tío Tobias, a quien nosotras considerábamos un gran filántropo, que había emprendido aquella obra por amor a la humanidad... Luego como nos hablaba de millones...

Los sollozos cortaron sus palabras. Bill estaba silencioso, esperando con ansiedad el final de la narración de Doris.

—Nos saludó con maneras muy finas, pero pudimos observar que sus ojos miraban extra-

viados, y que cuando los fijaba en un lugar determinado lo hacía de un modo que aterraba. A las pocas palabras que nos dijo sobre la herencia que fué lo primero que enfocó, pudimos darnos cuenta de que no hablábamos



—*¿Qué le he hecho a usted que no quiere hablarme?*

con un bienhechor de la humanidad, sino con un asilado, un loco pacífico...

Finalizó su narración, diciendo:

—De modo que lo de la herencia no fué más que un sueño y ahora nos encontramos aquí sin recursos.

En este instante les sorprendió la tía de Doris, quien reconvino duramente a su sobrina por hallarla hablando con aquel "fresco".

Ahora que la conversación iba a tomar un giro más interesante, debieron separarse.

Lo de la falta de recursos no era ninguna novedad para Bill, pues él también la sentía pero el pensamiento de que Doris se encontraba en semejante situación, le hizo dirigirse al garage con la idea de vender su adorado automóvil.

Cuando llegó allí habíanse congregado alrededor de su "roadster" una legión de mecánicos que admiraban su línea y su potente trepidar.

El jefe del garage le dijo:

—¿Por qué no toma parte en las carreras con su máquina? Si usted quiere yo lo pilotaré y nos partiremos el premio en partes iguales.

Bill leyó un cartel que anunciaba las carreras, pero en lo que mayor atención fijó, fué en los premios.

Primer premio, dólares 10.000.

Segundo premio, dólares 2.000.

Tercer premio, dólares 1.000.

Tarifa de inscripción, dólares 100.

La oferta era tentadora. El ponía el coche y el mecánico su pericia, y, de ganar llevárase 5.000 dólares con los que podría atender debidamente las necesidades de Doris y su tía.

Pero más tentador era pagar él los 100 dólares de la inscripción y contratar al mecánico con una buena retribución y quedarse él con la parte del león. La suma bien valía la pena de arriesgar lo único de que podía disponer en este mundo, el magnífico "roadster".

Dijo que ya lo pensaría; y salió para ver si daba con la solución de tan intrincado problema: los cien dólares para la inscripción.

Paseando llegó hasta el Parque.

Vió un toldo como de un circo, en el interior del cual el público rugía entusiasmado. Salieron dos hombres llevando una camilla, y en ella un individuo, pálido, desencajado, perdido el conocimiento.

Unos hombres que había a su lado comentaron:

—Este es el último que tuvo pretensiones de ganar los doscientos dólares.

Aprovechando aquellas fiestas, unos feriantes habían contratado un boxeador formidable sin cartel, y ofrecían la suma de doscientos dólares a la persona que aguantase dos rounds con aquella especie de gorila.

Bill vió el cielo abierto. El era capaz de eso y de mucho más, por Doris.

Entró en el entoldado y subió al ring, con una decisión de la que él mismo se extrañó, sobre todo cuando se vió con el ogro con quien tenía que habérselas.

Es inútil narrar aquel combate desigual. Físicamente Bill no pasaba de ser un hombre

de los que hay muchos, y contrastaba con los músculos de acero de su contrincante, el célebre "Cañonero".

Pero ocurrió lo grande del caso, lo que sólo el esfuerzo poderoso de voluntad de un hombre podía conseguir. A pesar de todos los puñetazos y de las fantásticas caídas y los mamporros recibidos el árbitro nunca pudo contar hasta diez. Bill caía ante las formidables embestidas de "El Cañonero", pero sabía que su obligación, después de la de recibir era mantenerse en pie, y en pie se mantuvo hasta que sonó el gongo por segunda vez. Con esta proeza habíase hecho acreedor al premio de doscientos dólares, que percibió en el acto.

Tambaleándose aún se dirigió al garage.

—Ponga la máquina en condiciones, que yo voy a pagar la inscripción para tomar parte en las carreras.

Cuando se dirigía al hotel dió de cara con el hombre que un día le robara la cartera, y sin guardarle consideraciones sació con él su furia, tanto por el hurto, como para desahogarse de los golpes que acababa de recibir.

Acudió un guardia, pero en el preciso instante en que Bill ponía las manos en el bolsillo del viejo y le quitaba la cartera. Creyendo que se hallaba ante uno de tantos casos de ratería dió a Bill unos mamporros más, salvándole de llevarle a la Comisaría los doscientos dólares que llevaba, que el guardia

entregó íntegros al "pobre viejo" como indemnización.

Los lamentos de Bill de nada sirvieron.

Pasó Doris y al ver a Bill en aquel estado, se interesó por él.

—Quería tomar parte en las carreras de *autos* con el dinero que acaban de quitarme... y ganar... por ti! — dijo llorando de rabia.

Esto impresionó profundamente a Doris, quien acompañó a Bill hasta el hotel.

\*\*

Las carreras de Nampa atraían a muchísima gente de toda la comarca. Los Franklynne, padre e hijo también acudieron aquel año, y como los hoteles de categoría estaban llenos fueron a hospedarse en el que nosotros ya conocemos.

La dueña les recibió con grandes muestras de alegría, al saber quienes eran los ilustres huéspedes.

—Señor Franklynne, su hijo hace algún tiempo que se hospeda con nosotros.

Extrañado, este, contestó:

—Ese individuo debe ser un impostor... Yo no tengo más hijo que el que usted ve.

La hotelera tomó en seguida la cuenta para cobrarla en el acto o echar al individuo que según ella la había estado engañando durante tantos días. No estaba ya en la habitación. Seguramente había ido a las carreras, que debían

empezar dentro de un par de horas. Telefoneó a la Dirección de Seguridad, y encargó al jefe, que era pariente suyo, que no perdiera de vista al individuo propietario de aquel automóvil.

Veamos qué había ocurrido momentos antes de la habitación de Bill.

Hallábase éste desesperado, sin saber qué hacer, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró sigilosamente Doris. Le entregó una papeleta donde Bill no vió más que un número, el 13, a pesar de que había otras cosas escritas. Era la inscripción de su "roadster" para las carreras de aquel día, a nombre de Bill Phelps.

—No le diga nada de ello a mi tía. Vendí el "Ford" y con el dinero que me dieron he pagado la inscripción de su máquina en las carreras.

Sin pronunciar palabra, Bill estampó un beso en sus ojos y marchó presuroso al garaje para ultimar los preparativos de su salida.

Ya en él el mecánico le hizo manifestaciones poco halagüeñas porque se le acababan de presentar dos enemigos.

—Cuando le dije que estaba dispuesto a guiar el *auto* no contaba con el par de contrincantes que se acaban de presentar... Sus máquinas son muy rápidas pero además emplean muy malas artes para pasarle a uno. Y yo aun no tengo ganas de morir.

Cuando Bill, agotados todos sus recursos de oratoria se convenció de que aquél hombre no tomaría la salida con su coche, decidido a todo, vistióse él mismo el traje azul, el cas-



*Ya en él el mecánico le hizo manifestaciones poco halagüeñas, porque se le acababan de presentar dos enemigos.*

co y los lentes y empuñó el volante con coraje y valentía.

Iba a salir y se presentó el jefe de policía.

—Tengo orden de no perder este automóvil de vista.

—Pues súbase a él y venga conmigo — le

contestó Bill, que con tal acompañante estaba seguro de que sus contrincantes no se atreverían a gastarle ninguna mala partida.

Momentos después empezaba la magna prueba, que tenía que poner en tensión los nervios de todos los espectadores.

Uno a uno fueron saliendo los coches, que con su voz ronca hacía rato pedían el libre paso de la carretera.

El número 13 llamó la atención de todo el mundo por su silueta, y por tener por tripulante al jefe de policía. En las tribunas hacía rato que se rumoreaba acerca de lo que podía motivar la presencia del Jefe en el 13.

A la segunda vuelta indicó que el coche número 13 había empezado con mala suerte, pues se le había reventado un neumático.

Los Franklyne estaban en las tribunas, y tenían a su lado a Doris y su tía.

—Papá es mi máquina... la de la mala suerte — dijo Rodolfo.

—Sí, ya se atrancó. He ahí la mala pata del coche 13.

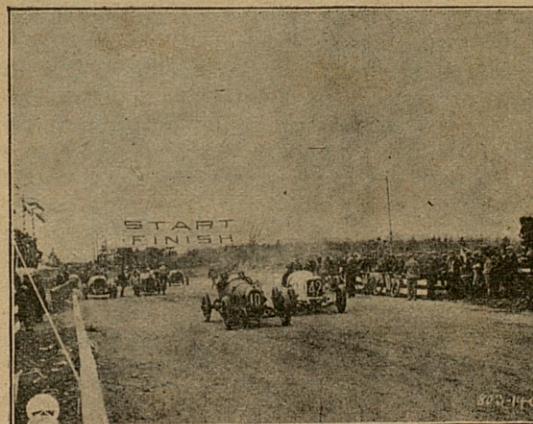
Doris les dirigió una mirada de ira reconcentrada.

En las vueltas sucesivas los indicados fueron señalando el lugar en la clasificación de cada uno de los coches. En la quinta vuelta, el número 13 estaba el último, a pesar de que cuando pasaba frente a las tribunas lo hacía con una velocidad escalofriante.

—Gracias a Dios que está en último lugar

en donde nada malo puede sucederle — comentó Rodolfo, pretendiendo hacer con ello un chiste.

Pero la señorita que tenía a su lado, ya indignada con tanta cuchufleta acerca del número 13, le dijo:



*Uno a uno fueron saliendo los coches...*

—Usted dispense... El señor Phelps me prometió personalmente que ganaría.

Con esto quedóse tranquila. Parecía como si efectivamente no pudiera suceder otra cosa que ganar. Pero las trazas no eran éstas...

Vuelta tras vuelta, Bill luchaba desespera-

damente para colocarse entre los primeros. Parecía como si efectivamente el número le guardase rencor y le hiciera víctima de su malhumor... y de su mala fama.

Dos veces más pinchó, y una perdió una rueda, salvándose la vida milagrosamente.

Aquellos dos contrincantes que usaban malas artes, según el justo decir del mecánico, se disputaban ahora el primer lugar.

No faltaban más que dos vueltas y Bill no había conseguido recuperar más que dos lugares, pero seguía siendo de los últimos. La lucha que habían entablado los dos primeros rivales tuvo por consecuencia un topetazo que dejó a los dos coches cruzados en la carretera; todos los que les seguían, al llegar a aquel lugar debían detenerse. Bill mismo se detuvo, y cuando los dos "frescos" hubieron puesto sus máquinas en condiciones y dejaron libre el paso, salieron de nuevo todos los coches en pelotón.

Ahora sí que el arrojo y la valentía de Bill dieron su resultado. Pasó primero en la penúltima vuelta, y así fué conservando la ventaja del lugar, aumentando cada vez más la distancia que le separaba de los demás corredores. Después de una lucha en que la sangre fría y el nervio corrían parejas con el desprecio a la vida y el amor a Doris, Bill, triunfal, entró en la meta con el coche averiado, el primero, gracias a la enorme ventaja que

había tomado con anterioridad sobre los demás.

—¡Hemos vencido, Doris! — exclamó Bill al reunírsele ella mirándole con adoración.

Ella, emocionada, vaciló un momento y lue-



*Ella, emocionada, vaciló un momento...*

go le besó con toda su alma, tiznándose su rostro al juntarlo con el de su amado.

Cincuenta segundos después entraba el segundo a una marcha furiosa, como su conductor.

Los Franklyne fueron a felicitarle.

—Vemos que el trece no es ingrato para todos.

—Efectivamente, a mí me proporciona el triunfo, diez mil dólares, y la más encantadora mujer de nuestros días.

Es inútil decir que algunos días después, salía de Charleston una parejita enamorada, para emprender su viaje de bodas. En seguida podíamos adivinar de quienes se trataba al ver los mofletes de él, los ojos azules de ella... y la cara de "bulldog" que a pesar de la alegría puso la "tía" que les acompañó a la estación.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
VERA REYNOLDS

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa comedia

**ORQUIDEA, LA MODELO**

Creación de Alice Joyce, Warner Baxter,  
Sazu Pitts

Postal-obsequio: WILLIAM BOYD

**La Novela Femenina Cinematográfica**

Sale todos los viernes

Precio: 30 cts.

## **IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

## **IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarlos, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barbará, 18, BARCELONA. Ferroz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN**